

tra de bondad nos descubrió aquí el Señor de todo lo criado, pues padesció tal muerte por semejante causa? Y los santos que por esta misma razón padescían, tenían cierto su galardón y consolación, y padescían hombres por otros hombres; mas aquí el Señor de todo lo criado padeció por unos viles gusanillos, y esto sin ninguna necesidad, ni consolación, ni interese, demas de todas las otras circunstancias que acabamos agora de decir. Pues ¿cuánto mayor muestra de bondad es esta? Y pues la bondad (á nuestro modo de entender) es la cosa mas gloriosa que hay en Dios, y de la que él mas se precia, y de la que en el cielo es alabado por aquellos serafines que no cesan de decir, Sancto, Sancto, Sancto (o); y sabemos tambien que en las cosas espirituales lo bueno es lo alto y lo glorioso, y lo mas bueno mas alto y mas glorioso: bien se infiere de aquí estar tan léjos de ser ignominiosa la Pasion de Cristo, que (como dijimos) todas cuantas obras Dios ha hecho, y hará hasta la fin del mundo, ayuntadas en uno, no le dan tanta gloria como esta sola. En lo cual se ve claro cuán diferentes sean los ojos y los juicios de la carne, de los ojos y juicios del espíritu.

Y cuán eficaz haya sido esta medicina de la sagrada Pasion para nuestra sanctificación, vese por el fruto de sanctidad que della se siguió en el mundo, de que hasta aquí habemos tratado, y adelante trataremos; pues ántes della no era Dios conocido mas que en un rinconcillo de Judea, y ahí muy mal servido; mas despues della lo fué en todas las naciones del mundo, pues en todas ellas hubo tan gran número de mártires, de confesores y vírgines, y tantas congregaciones y compañías de monjes sanctísimos, como habemos declarado, y luego tambien declararemos.

C. No me puedo contener, Maestro, qué no prorumpa en gracias y voces de alabanza, y diga que bendita sea tal caridad, tal piedad, y tal misericordia, y tal bondad, que por tan alta manera se nos quiso descubrir. Porque tal manera de bondad, tan diferente de todas las bondades de las criaturas, á tal Majestad pertenecía. Porque si la bondad de Dios sobrepuja infinitamente á todas las bondades criadas, razón era que tales circunstancias y particularidades tuviese, que en ningun linaje de criaturas se hallasen, para que así se diferenciase dellas. Porque de otra manera, ¿qué singularidad, ó qué diferencia habria entre la bondad de Dios y la de sus santos?

M. Teneis mucha razón. Mas porque en la primera parte desta escriptura traté mas por extenso desta divina bondad, ruégoos que leais allí este lugar (p); porque en él hallaréis una consideración que mil veces querria repetir en esta escriptura. Porque despues de haber tratado de la grandeza de la omnipotencia y sabiduría de Dios, que se conoce por la grandeza de sus obras, de que allí se trata, mayormente por la creación del mundo, y por la resurrección general para todos los cuerpos que son, fueron y serán, aunque sean comidos de peces, ó aves, ó de otros hombres; y junto con ellos los que perecieron en las aguas del Diluvio (los cuales han de resuscitar no otros, sino los mismos que fueron), declarado esto, vengo á concluir que todos los entendimientos que esto profundamente consideraren, vienen á quedar pasmados y atónitos de tan gran poder y saber. Pues de aquí concluyo, que si las obras de la omnipotencia y sabiduría de

(p) Esai. 6. (p) Tom. 4. cap. 58.

Dios agotan todos los entendimientos, y los dejan atónitos, no ménos deben causar este pasmo las obras de su bondad; pues no ménos se precia Dios de bueno, que de sabio y poderoso, ni ménos desea ser conocido por tal. Pues, ¿cómo se pudiera esto hacer, sino de la manera que él lo hizo? Porque criar Dios mil mundos, y comunicar á cuantas criaturas en ellos criase todos los tesoros y riquezas de gracias que comunicó á los serafines, no le costaba, ni ponía mas de su casa que solo querer. Y esta obra de su bondad no nos dejara atónitos, como lo hacen las obras de su omnipotencia y sabiduría. Porque dar mucho á quien nada cuesta lo que da, no es argumento de gran bondad. Pues ¿de qué manera se podrá gloriosamente manifestar esta bondad? No de otra, cierto, sino desta en que el Hijo de Dios la manifestó. Porque pudiendo él comunicarnos su bondad y sanctidad por otras muchas maneras, escogió esta de su sagrada Pasion. Porque por esta echaba carbones de fuego de amor sobre nuestros corazones; por esta nos daba mas admirables ejemplos, y mas agudos estímulos para todas las virtudes; por esta nos obligaba y casi necesitaba á amar á quien así nos amó, y tanto por nuestra causa padeció. Y por acrescentar estas nuevas fuerzas y favores á la virtud, no dudó aquel Señor de todo lo criado, aquel Rey de los reyes, y Señor de los señores, y Dios de los dioses, abajarse á todo lo que habeis oido; y esto sin seguirse á él ningun linaje, ni rastro, ni centella de interese. Pues esta es la obra y la muestra de la bondad que arrebató los corazones, que suspende los entendimientos, y que espanta y asombra á los que atentamente la consideran. Y de aquí nace que cuando los santos contemplan este misterio, y penetran con la luz del Espíritu Sancto la grandeza dél, venían á padecer raptos y alienación de todos los sentidos corporales, porque la grandeza de la admiración desta bondad llevaba en pos de sí todas las fuerzas interiores del ánima, y así dejaba el cuerpo insensible.

Pues volviendo al presupuesto principal, como sea propio de la bondad comunicarse á todos, y por consiguiente de la summa bondad desear summamente comunicarse, por aquí entenderéis la grandeza del deseo que el Salvador tenia desta comunicación: que es de hacernos buenos y santos como él lo es. Esto es, que imitemos en la pureza de la vida, en la simplicidad de las costumbres, en la caridad y amor para con los prójimos, y en la reverencia y obediencia para con Dios, la condicion y inocencia de los ángeles: de manera que morando en cuerpo corruptible, ejercitemos el oficio de las substancias incorruptibles; y teniendo el cuerpo en la tierra, tengamos los pensamientos y deseos en el cielo.

Pues fué tan grande el amor y deseo que aquel Esposo celestial tuvo de comunicar á las ánimas esta tan gran pureza y hermosura, que viendo cuán grandes estímulos y motivos nos eran para esto sus dolores y tormentos, no dudó ofrescerse á ellos por esta causa. Y esto es lo que el Apóstol significó, cuando dijo (q) que poniendo el Salvador ante sus ojos el gozo, abrazó la Cruz, y no hizo caso de la mengua y confusión que en ella habia de padecer. Pues, ¿qué gozo es este, sino el alegría que aquella ánima sanctísima habia de recibir con la sanctificación y hermosura de tantas ánimas como habian de ser por la virtud y mérito de su preciosa sangre sanctifi-

(q) Hebr. 12.

casas y hermoeadas? Declaremos esto mas en particular, para que se entienda la grandeza deste gozo.

Puso este Salvador, á quien todas las cosas venideras estaban presentes, ante sus ojos la hermosura de las ánimas de aquellos sanctísimos pontífices y doctores de su Iglesia, Augustino, Ambrosio, Gregorio, Basilio, Crisóstomo, y de otros innumerables pontífices y doctores que resplandecieron en su Iglesia mas que las estrellas del cielo, y con su doctrina y sanctidad alumbraron el mundo. Puso ante sus ojos la hermosura de las ánimas de aquellos clarísimos monjes, Paulo, Antonio, Hilarión, Arsenio, Silvano, Macario, y de otros innumerables que vivían vida mas que humana; los cuales estando en la carne, vivían como si no tuvieran carne, y morando con los cuerpos en la tierra, paseaban con el espíritu las moradas del cielo. Puso ante sus ojos la hermosura espiritual de los Benitos, Bernardos, Domingos y Franciscos, y de infinita muchedumbre de religiosos que habian de militar debajo de la bandera y regla destes gloriosísimos capitanes, siguiendo las pisadas dellos, renunciando con la pobreza los bienes del mundo, y con la hermosura de la castidad los cuidados del matrimonio, y con la virtud de la obediencia el señorío de la propia voluntad, con lo cual libres de todos los negocios temporales se habian de entregar al amor y servicio de su Criador. Puso ante sus ojos la pureza y hermosura de aquellas sanctísimas vírgines, Cecilia, Margarita, Agueda, Apolonia, Ines, Lucía, Dorotea y Catarina, y de otras innumerables vírgines que vencieron el mundo junto con la flaqueza mujeril, y conservaron en la tierra la pureza de los ángeles del cielo, derramando su sangre por la gloria del Esposo celestial, hermozeando las coronas blancas de su pureza virginal con la sangre de sus martirios. Y sobre todo esto, lo que mas alegraba su ánima sanctísima era contemplar la fe, la constancia y la fortaleza inexpugnable de los gloriosísimos mártires Cipriano, Laurencio, Vincencio, Dionisio, Ignacio, Policarpo, Mauricio y de otros innumerables guerreros que tan valerosamente habian de pelear, que tantas batallas habian de vencer, y que tan gloriosamente habian de triunfar de todos los emperadores del mundo, y de toda la potencia del infierno, por no perder un punto de la fe y lealtad que debían á su legítimo Emperador y Señor. La vista pues de todas estas hermosuras juntas causaba en su ánima sanctísima una tan grande alegría, que (como dijimos) le hizo abrazar la Cruz para hermozear todas estas ánimas con la púrpura preciosa de su sangre. Así lo significó el Apóstol cuando dijo (r): Los que sois casados, amad á vuestras mujeres como Cristo amó la Iglesia, y se ofreció á la muerte por ella, por hacerla tan hermosa que no hubiese en ella ruga ni mácula. Y esto es de creer que trataron Moises y Elias el día de su gloriosa transfiguración; pues platicando con él de la muerte que habia de padecer en Hierusalem (s), tambien tratarían del fruto inestimable que della se habia de seguir, y deste grande gozo que habia de recibir. Este es aquel gozo y aquella hartura que Esaiás profetizó, cuando hablando de la Pasion deste Señor dijo (t): Por los trabajos que su ánima padeció, verá y hartarse ha. Quiere decir que por el mérito de los grandes trabajos que en su cuerpo y ánima sanctísima padeció, verá el fruto admirable que desto se seguirá, que es la conversión y renovación del mundo: con lo cual recibirá una

(r) Ephes. 5. (s) Luc. 9. (t) Esai. 53.

tan grande alegría y contentamiento, que su voluntad quedará harta y llena con él, dando por bien empleado lo que padeció por esta causa. Porque justo era que quien tanta hambre tuvo de la salvación de las ánimas, que no dudó morir por ellas, no se le negase la hartura de lo que tanto deseó.

Pues poniendo el Salvador ante sus ojos el gozo de todos estos tan grandes frutos, no digo una sola muerte, mas mil muertes que fueran necesarias, padeciera con promptísima voluntad. Y aun todo esto le parecia poco por la obediencia y gloria de su eterno Padre, y por la reformation y remedio del mundo; viendo que con este summo beneficio nos esforzaba y animaba á todos los trabajos de la vida virtuosa.

Pues volviendo al propósito, estas tres circunstancias susodichas habeis hermano de poner ante los ojos, para encender vuestro corazón en el amor deste clementísimo Redemptor. Y para que con mas frutos os ocupéis en este ejercicio, os doy este aviso: que cuando fuéredes contemplando estos dolores y ignominia del Salvador, siempre pongais ante los ojos quién es este Señor que padeció (que es aquel grande Dios que poco há os representé), y que todo esto padeció por redemirnos por el más excelente medio que para esto podia haber. Porque esto suspenderá vuestra ánima en una grande admiración y amor de aquella incomprehensible bondad que á tanto por vuestra causa se abajó.

Mas si el demonio tomare de aquí ocasión para escandalizaros, acordáos de lo que hasta aquí habemos dicho; que aunque digamos con verdad que Dios padeció y murió, mas no padeció ni murió en cuanto Dios (porque eso era imposible), sino en cuanto hombre. Porque aunque él era verdadero Dios, era tambien verdadero y perfecto hombre, como cualquier de nosotros, compuesto de cuerpo y de ánima racional; mas libre y exempto de todo pecado, y el mas sancto de los hombres, y sanctificador dellos. Y segun esta naturaleza se llama en las Escripturas (v) siervo de Dios, y siervo que él escogió dende el vientre de su Madre para gloria suya. Pues segun esta naturaleza, padeció por la redempción del mundo, y por la obediencia y gloria de su eterno Padre. Y si la mayor dignidad que los apóstoles y mártires tuvieron, fué padecer muerte por la gloria de Dios, no era razón que careciese desta dignidad el Sancto de los santos; sino que padeciese como ellos por la misma gloria. Porque por esta razón quiso él que su sanctísima Madre se hallase presente al pié de la Cruz, sufriendo en su ánima el mayor dolor que ninguna pura criatura jamas padeció, oyendo con sus oídos los golpes de los martillos con que se hincaban los clavos en aquel delicadísimo cuerpo, y viendo con sus ojos los arroyos de sangre que dél manaban. Lo cual ella padecia, no por sus pecados (porque no los tenía), ni por los ajenos (porque la Pasion del Hijo bastaba), sino porque á la mas Sancta de las sanctas no faltase esta summa dignidad y excelencia, que es padecer grandes trabajos por la obediencia y gloria de Dios.

Pues desta manera considerando vos al Salvador como verdadero y perfecto hombre, como lo fué cada cual de los santos, no padecerá vuestra ánima alguna manera de escándalo, viendo que él padeció como ellos padecieron. Para entender esto os ayudará la cerimonia de la Iglesia: la cual cuando se dice el credo en la misa, hace

(v) Esai. 49. 50. 52. 53. Ezech. 54. Zach. 3.

tan gran pausa, y canta con tanta solemnidad y reverencia esta palabra: *ET HOMO FACTUS EST*, corriendo todo lo que se sigue: que es, *crucifixus etiam pro nobis, etc.*; no porque sea mayor cosa hacerse Dios hombre, que morir en cruz por el hombre (porque esto es mucho mas), sino porque asentado que este soberano Señor tuvo por bien hacerse verdadero y perfecto hombre, no hay por qué extrañar lo que padesció en aquella sagrada humanidad.

Esta admirable union y junta de Dios con nuestra humanidad declara San Leon, papa, diciendo (x) que con tan estrecha liga juntó él estas dos naturalezas, que ni la gloria de la mayor consumiese la naturaleza de la menor, ni la baja de la menor disminuyese la gloria de la mayor. De modo que quedando salva y entera la propiedad y naturaleza destas dos substancias, y juntándose ambas en una sola persona, tuvo por bien de vestirse la majestad de nuestra humildad, y la eternidad de nuestra mortalidad, y la fortaleza de nuestra flaqueza; para que el mismo Señor, como medianero entre Dios y los hombres, obrase todo lo que convenia para nuestro remedio, muriendo por parte de la una naturaleza, y resucitando por la otra. Porque si él no fuera verdadero Dios, no nos pudiera dar remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo. Esto es de Sant Leon, papa. Pues fundado vos, hermano, en el conocimiento desta verdad, no extrañaréis los dolores y trabajos de la Pasion deste Señor. Pues siendo él verdadero y perfecto hombre, y el mas sancto de los hombres, no habia de carecer (como dijimos) de la mayor honra y dignidad que ellos tuvieron, que fué padecer muerte por la gloria de Dios. Y con la fe desta verdad fácilmente rechazaréis y despediréis de vos todas las saetas y tiros del enemigo.

Mas volviendo al propósito principal de que tratábamos, para que nuestro Señor os haga participante de la consolacion que gozan sus familiares amigos contemplando este misterio, habeis de pedir demas de la fe otra luz y otros ojos para saber mirar este Señor puesto en la Cruz. Porque si estos tuviéredes, luego veréis los tesoros y riquezas de gracia que en él están encerrados. Veréis los fructos suavísimos del árbol de la sancta Cruz. Veréis las conveniencias admirables deste remedio que la sabiduría divina escogió para nuestra salud. Veréis los grandes motivos que ahí tenemos para amar y glorificar este Señor, y desear padecer mil muertes por él; y finalmente otras muchas cosas que no se pueden explicar con pocas palabras.

He pasado, hermano, los términos de lo que pretendia, que era informaros de lo que pertenecia al conocimiento deste misterio, acrecentando esto que sirve para mover la voluntad al agradecimiento deste summo beneficio, y al amor deste clementísimo Redemptor; porque supuesta la fe, esto es lo que hace mas al caso.

C. No puedo dejar de confesar, Maestro, que todo eso que habeis dicho ha sido una música suavísima para los oídos de mi ánima, y esa querria oír todos los dias de mi vida. Porque ¿qué cosa mas dulce para un cristiano, que verse tanpreciado y tan amado de un tan grande Dios, que se pusiese á padecer todo eso por librarlo de las penas del infierno, y coronarle de perpetua gloria con los ángeles en el cielo, y atraerlo á su amor y obediencia con tan grande beneficio?

(x) Serm. 1. in Nativ. Domin.

DIALOGO VIII.

En el cual se trata del sanctísimo sacramento del altar.

CATECÚMENO.

Otro misterio muy propio y muy principal de la religion cristiana es el sanctísimo sacramento del altar. Y porque el estado de catecúmeno está deputado para aprender los misterios de la fe que Dios por su bondad me ha infundido, deseo ser informado de lo que pertenece á la doctrina deste divino sacramento.

Maestro. Yo os confieso, hermano, que ninguna materia hay que mas desee tratar que esa, por la gran consolacion que en ello recibo, considerando la grandeza dese beneficio que Dios nos hizo; y ninguna que mas tema tratar, porque eso poco que yo dél concibo, no tengo palabras con que lo pueda declarar; con lo cual padece mi ánima como dolores de parto, porque deseo declarar por palabras lo que siente mi corazon, y sé que no tengo de salir con ello; porque entiendo que así como este beneficio divino es incomprehensible, así es inefable. Y tengo razon para temer que la cortedad y falta de mis palabras sea injuriosa á la dignidad y excelencia dél. Por lo cual entiendo que sería mas acertado reverenciár este misterio con una grande admiracion y silencio, que pretender declarar con palabras humanas lo que ni con lenguas angélicas se podria explicar. Y esto es conforme á lo que Sant Gregorio dice por estas palabras (a): Entónces hablamos con mayor elocuencia las obras de la virtud divina, cuando el espanto dellas enmudece nuestra lengua; y habla mejor el hombre dellas callando lo que no puede bastantemente explicar hablando. Por lo cual dice el Salmista (b): Alabad al Señor segun la muchedumbre de su grandeza. Aquel le alaba desta manera, que confiesa no tener palabras para predicar sus alabanzas. Mas ya que queréis ser informado de la doctrina deste sacramento, la primera cosa que os diré, es que muchos de los fieles están tan firmes y constantes en la fe deste misterio, y tan léjos de dudar dél, que este les hace creer con mayor alegría y firmeza los otros articulos de nuestra fe. Porque reciben con el uso dél tan grandes bienes y consolaciones en sus ánimas, y tan grande luz en sus entendimientos, y tan grande fuego de amor en sus voluntades, y tan grandes ayudas para toda virtud, que por aquí entienden que no podia ser sino Dios el que ordenó una cosa de tanta eficacia para la sanctificacion y salvacion de las ánimas. Y porque saben que quien esto ordenó es el autor de todos los otros misterios que creemos, de aquí es que la fe certísima deste articulo nos acrecienta la de todos los otros.

Comenzando pues á declarar lo que habemos de creer deste sacramento, decimos que por virtud de las palabras de la consagracion pronunciadas por un sacerdote, la substancia del pan se muda en la del cuerpo de nuestro Salvador, y la del vino en su sangre preciosa. Mas por cuanto así el cuerpo como la sangre no están sin el ánima, y lo uno y lo otro no está sin la divinidad, por tanto, aunque por virtud de las dichas palabras no esté debajo de aquellas especies sacramentales mas que el cuerpo y sangre de Cristo, mas por via de concomitancia está su ánima sanctísima y su divinidad. Esto es lo que estamos obligados á creer deste misterio.

Pues para creer que esto sea así, no se requiere mas que probar que esto pudo hacer Dios, y que lo quiso ha-

(a) Greg. lib. 9. Moral. cap. 10. (b) Psalm. 150.

DEL SIMBOLO DE LA FE, PARTE IV.

cer; porque probado el poder y querer divino, cesa toda cuestion. Estas dos cosas os declararé agora, y despues os diré el fin para que fué instituido este summo sacramento.

§. I.

No repugna á la omnipotencia divina este soberano misterio.

Y cuanto á lo primero, que es poder Dios por ministerio del sacerdote hacer esta mudanza susodicha de una substancia en otra, no tenemos mucho que altercar. Porque mayor cosa es hacer algo de nada, que mudar una substancia en otra. Y pues confesamos que Dios crió los cielos, que son tan grandes, junto con la mar y la tierra, de nada, mucho mas podrá hacer una cosa de otra. Asimismo vemos que el pan que cada dia comemos, por virtud del calor natural en breve espacio se muda en nuestra carne; pues ¿qué maravilla es que lo que puede hacer en espacio de dos ó tres dias el calor natural, lo haga en un instante la virtud omnipotente de Dios? Y quen tan fácilmente pudo mudar en las bodas del Evangelio el agua en vino (c), tambien podrá mudar la substancia del pan en la de su sanctísimo cuerpo.

Catecúmeno. Esa conversion y mudanza no me espanta. Mas lo que me espanta es que diciéndose en la misma hora cien mil misas en toda la Iglesia cristiana, asista la presencia de Dios en todas ellas, de tal manera que en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la consagracion, obre Dios esa conversion; y esto no por ministerio de ángeles, sino por sí mismo. Porque mirando esto con ojos de carne, parece que es poner á Dios en cuidado de acudir á tantas partes sin faltar un punto.

M. ¡Oh cuán bien dijo Tulio (como arriba alegamos) que es cosa dificultosa apartar el entendimiento del uso de los sentidos, los cuales quieren medir las cosas divinas por las humanas, estando aquella nobilísima naturaleza infinitamente levantada sobre todo lo criado! De donde nace que el mayor impedimento que los hombres tienen para conocer á Dios, es querer medirlo y tantearlo por sí mismos. Pues para que veais que esta asistencia susodicha no pone á Dios en cuidado, ni impide punto de su felicidad, poneros he para la inteligencia desto un ejemplo. Dice Aristóteles y todos los buenos filósofos que el ánima intelectual que tenemos los hombres, no procede de la materia de que se forma el cuerpo humano; porque este se fabrica de una materia corporal. Mas como esta ánima sea substancia espiritual semejante á los ángeles, no puede ser producida de cosa material, y por eso dicen que viene de fuera. Y acrecienta á esto la fe y religion cristiana, que despues de organizado el cuerpecito del niño en las entrañas de su madre, el Criador de todas las cosas por sí solo cria el ánima, y la infunde en aquel cuerpecito en el mismo punto que se acaba de organizar. Pregúntoos pues agora: ¿qué tan continuo será el oficio de Dios en criar tantas ánimas, y infundirlas en sus cuerpos? Poned los ojos en todo el universo mundo, que es en todo este nuestro hemisferio, y en el que está debajo de nosotros, y en las islas de todos los mares, y finalmente en todas las naciones del mundo; y imaginad ¿cuántas ocasiones habrá de dia y de noche para criar Dios ánimas, y infundirlas en sus cuerpecitos?

C. Esas ¿quién las contará, sino quien puede contar las estrellas del cielo? Y parece por esto que si Dios ha-

(c) Jo ann. 2.

de acudir á todos estos puntos y momentos, ha de estar perpetuamente criando ánimas.

M. Así es como decís. Y con toda esa ocupacion, y otras innumerables que aquí no digo, se compadece aquella beatísima felicidad y tranquilidad de que eternamente goza Dios. Pues si este Señor asiste noche y dia á la formacion de tantos millares de cuerpos, para que en el punto y momento que se acaban de formar infaliblemente crie y infunda las ánimas en ellos; ¿qué maravilla es asistir á todos los altares de la cristiandad, y hacer esta transmutacion (que decimos) en el punto que el sacerdote acaba de consagrar? Si asiste á la formacion de cuantos negrillos y negrillas son concebidos en Etiopia (en que tan poco va) para infundirles las ánimas; ¿cuánto con mayor razon asistirá á la consagracion de su cuerpo para la sanctificacion de nuestra vida?

C. Es tan acomodado ese ejemplo para lo que habeis dicho, y tan fuerte para probar que no es eso imposible á la omnipotencia de Dios, que nadie podrá contradecir á esa razon. Y por eso en cuanto toca á este articulo del poder de Dios, yo me doy por concluido. Tratad agora de la segunda y mas principal parte, que es el querer.

§. II.

Es muy conforme á la voluntad de Dios este misterio para el fin que pretende: que es la reformation y sanctificacion del hombre.

MAESTRO.

Para probar el querer y voluntad de Dios es necesario declarar primero los efectos que este pan de los ángeles obra en las personas que tienen purgado y sano el paladar de sus ánimas. Digo esto, porque para juzgar del sabor de los manjares, es necesaria esta disposicion.

Pues para conocer las virtudes y efectos deste manjar celestial, habemos de poner los ojos en una ánima que esté desta manera dispuesta y purgada. Y así lo están las que toda su aficion, todos sus deseos, todos sus cuidados emplean en agradar á solo Dios, y cumplir su sancta voluntad, diciendo con el Profeta (d): Una sola cosa pedí al Señor, y sola esa buscaré: que es morar en su casa todos los dias de mi vida, y entender su sancta voluntad. Las tales ánimas parece que han fundido todos sus cuidados en un cuidado, y todos sus negocios en un solo negocio, y todos sus deseos en un solo deseo, que es agradar á Dios. Trabajan todo lo posible por evitar todo género de pecados, aunque sean veniales. Castigan su carne con ayunos, asperezas y sanctas vigiliias. Tienen largos espacios diputados para vacar á Dios y darse á la oracion. Lo cual hacen muy á la continua, y señaladamente ántes y despues de la sagrada comunión; aparejándose para ella con toda la devocion y pureza de consciencia que les es posible. Mas ántes de tal manera ordenan su vida, que toda ella sea un continuo aparejo para la sagrada comunión.

Pues á las tales personas habemos de preguntar cuál sea el fructo que sus ánimas reciben con la frecuencia deste divino manjar; y responderos han primeramente que es tan grande la consolacion y alegría espiritual que con él reciben, que no tienen palabras con que poderlo explicar. Deciros han que aquí se renuevan todas las fuerzas de su ánima; que aquí se les abre el entendimiento para conocer la bondad y misericordia de su Criador; que aquí gustan, y gustando ven cuán suave es el Señor; que aquí se les aclara mas la fe, y se fortalece la

(d) Psalm. 26.